



REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Aboitiz

TEL. 572

ADMINISTRADOR:—Vicente Agau

P. O. BOX 147

Vol. IV.

Manila, 29 de Noviembre de 1924.

Num. 100

DIA DE DIOS

—x—



DURANTE las terribles persecuciones decretadas por los Emperadores romanos contra el Cristianismo, solían algunos jueces conceder a los Mártires, el día anterior a la ejecución, la misma

gracia que hacían a los delincuentes comunes. Consistía esa *última gracia* en obsequiar con exquisitos manjares y generosos vinos a los valientes Confesores de Jesucristo, sentenciados a ser expuestos en el anfiteatro a la ferocidad de los tigres y leones, o al golpe fatal del hacha del verdugo, entre las locas aclamaciones de una multitud ebria de vino y de furor.

A la voz de mando de los soldados, salían los Mártires del calabozo, extenuados por los tormentos sufridos, pero llenos de dulce paz y santa tranquilidad. Con el solo fin de reparar sus fuerzas, después de hacer la señal de la Cruz sobre sí mismos y sobre los manjares, los héroes cristianos tomaban una pequeña refección que se reducía a pan y agua, absteniéndose de todo lo demás.

Los paganos acudían en gran número al espectáculo, espoleados por la curiosidad

de contemplar a los condenados, entre los cuales no era raro encontrar jóvenes de corta edad, doncellas de noble sangre, ilustres patricios y matronas venerables, que preferían perder todo lo del mundo y ofrendar su vida entre tormentos atroces, antes que hacer traición a su profesión de cristianos.

Con la misma paciencia y serenidad de espíritu que habían demostrado en los interrogatorios a que en días anteriores se les había sujetado, escuchaban los Mártires en aquel momento solemne las burlas y amenazas de los gentiles, quienes más fieros que las fieras, gozábanse en zaherirles con bárbara crueldad.

Cuentan, sin embargo, las *Actas de los Mártires* que algunos de aquellos Confesores de nuestra fe, abrasados de celo apostólico, y compadecidos de la ceguedad espiritual de sus perseguidores, contestaban a las burlas y denuestos lanzando este imponente y aterrador apóstrofe:

Miradnos bien ahora: contempladnos detenidamente: fijaos en cada uno de nosotros; para que así podais reconocernos en el terrible y espontoso día del juicio universal, cuando Jesucristo, por cuya fe y amor va-

mos a morir, venga a juzgar a todos los hombres del mundo. En ese día nos volveremos a encontrar; en aquel juicio nos volveremos a ver. En el anfiteatro celebrareis mañana con gritos de triunfo nuestra muerte; pero sabed que esa muerte nos abre las puertas de la vida gloriosa e inmortal, de la que nos vereis gozar felices en el día del juicio, mientras que vosotros sereis condenados a tormentos eternos por ese mismo Jesucristo, nuestro Dios, a quien perseguís a despreciáis. Para aquel día os emplazamos. Por eso, miradnos bien ahora, para que entonces nos reconozcais.

Era tal la impresión que producían las palabras de los Mártires en los espectadores, que muchos paganos, tocados de la gracia, abrazaban la fe cristiana, y al día siguiente morían confesando a Jesucristo, sin temor a las dentelladas de los tigres ni a la cortante espada de los gladiadores.

Cesaron aquellas persecuciones tres veces seculares; la fuerza capituló ante el amor, y el odio sanguinario ante la mansedumbre de los Mártires, que exhalaban el último suspiro perdonando a sus verdugos y pidiendo para ellos la luz de la fe. Pero aunque la espada cesó de teñirse en sangre cristiana, no por eso cesó la persecución contra la Religión divina del Mártir del Gólgota. La falsa ciencia, hija legítima de la razón humana divorciada de Dios, se encargó de proseguir la lucha, ocupando la pluma el puesto que dejó la espada.

De palabra y por escrito viénesse persiguiendo a Jesucristo en su persona, en sus leyes, en su Iglesia y en su Vicario. Se le destierra de la sociedad, de los tribunales, de las escuelas, de las familias, de los hogares y de los individuos. Niégasele la Divinidad, se falsea su Evangelio, su moral es repudiada, y renovando día tras día las dolorosas escenas de la Pasión, se le juzga y condena como si Jesucristo no fuese el Dios Omnipotente, Dueño, absoluto de todo cuanto existe.

Así piensan y así obran los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia durante la vida; durante esta vida que bien puede llamarse el día de la humanidad, el día de los hombres. Pero cuando este día acabe y llegue el *Día de Dios*, que será el del juicio universal, se trocarán las suertes con espanto y confusión de los ciegos voluntarios, y la luz sucederá a las tinieblas, y la verdad al error, y a las locuras de la orgía la rabia de la desesperación, y a las negaciones y a las dudas y a los retos insensatos de tantos espíritus fuertes, la terrible y espantosa realidad.

A imitación de los Mártires, emplaza también la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, a todos sus enemigos y perseguidores para el gran día del juicio universal, día tan consolador para los justos como temible y horrendo para los pecadores.

Uno de los Dogmas más claramente manifestados y enfáticamente descritos en ambos Testamentos, es sin duda alguna el que se refiere al juicio universal que en el último día de los tiempos ha de sufrir todo el linaje humano. Confesamos esa verdad de fe, cuando refiriéndonos a Jesucristo decimos en el Credo: *Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.*

Es cierto que cada uno, inmediatamente después de la muerte, es juzgado por Dios; y la sentencia que nos quepa en ese juicio particular será irrevocable y fijará para siempre la suerte del alma. Pero el hombre, además de individuo y persona particular, es también miembro de la sociedad y parte del género humano; y considerado desde este punto de vista, conviene que sufra un juicio público y universal ante la faz del mundo.

Al juicio final precederá la resurrección de los muertos, que es otra de las verdades de nuestra fe. Decimos que Jesucristo juzgará a los vivos y a los muertos, significando con el nombre de *vivos* a los que todavía existan entonces en carne mortal, y con el de *muertos* a todos los que desde el principio del mundo habrán dejado de existir, los cuales resucitarán en aquel día memorable para ser juzgados. No faltan autores de nota que entienden por vivos a los que murieron en gracia y amistad de Dios, y por *muertos* a los infelices pecadores condenados a muerte eterna.

Jesucristo, que en este mundo fué juzgado y condenado injusamente, vendrá como Juez de todos los hombres, lleno de gloria y majestad, en forma visible y humana, acompañado de millares de Santos y de toda la corte celestial. Aparecerá, según se desprende del Evangelio, "la señal o bandera del Hijo del hombre", que es el estandarte real de la santa Cruz, a cuya vista se llenarán los justos de gozo y de confusión los impíos.

Antes de comenzar el juicio, Jesucristo, por ministerio de los Angeles, separará los buenos de los malos, siendo los primeros colocados a su derecha, y los segundos a su izquierda. Cada uno ocupará entonces el verdadero lugar a que sus obras le habrán hecho acreedor. Los justos, tan despreciados y perseguidos en este mundo, serán entonces bendecidos, ensalzados y colocados en trono de gloria por el mismo Dios. Los pecadores,

que durante la vida siguieron los caminos del orgullo y de las pasiones, sufrirán entre rugidos de desesperación la afrenta de la humillación más vergonzosa, al verse mezclados en horrible confusión con los demonios sus compañeros de pena y tormento por toda la eternidad.

El misterioso libro de las conciencias se abrirá, y cada uno verá lo que hay escrito en la conciencia de todos los demás, y todos verán lo que está escrito en la conciencia de cada uno. Serán publicados todos los pecados con todas las circunstancias que los acompañaron: todos los secretos del corazón, los pensamientos e intenciones, deseos y palabras, obras y omisiones, todas las acciones vergonzosas cometidas al amparo de la oscuridad, todos los pecados cometidos quizá para ocultar otro pecado. Los más tortuosos repliegues de las conciencias serán descubiertos, y aparecerán todas las infamias, todas las corrupciones y todas las hipocresías.

Jesucristo mostrará los beneficios y gracias que concedió a los pecadores, y el abuso que hicieron de tantos medios de salvación. Manifestará su misericordia en llamarlos tantas veces, su paciencia en esperarlos por tanto tiempo, y la ingratitud y rebeldía con que corespondieron a sus favores.

Dios revelará entonces el plan general de su Providencia, y quedará justificada y glorificada a la faz del mundo la sabiduría divina, acusada tantas veces por los igno-

rantes e impios. Comprenderemos entonces por qué fueron los justos afligidos con frecuencia en el mundo, y vivieron los pecadores rodeados a veces de honores y riquezas. Veremos la razón de la permisión del mal moral, y que el desorden de la vida en el mundo era tan sólo aparente.

Justificada así la Providencia de Dios a la vista de todas las criaturas, y terminado el proceso de las conciencias, Jesucristo pronunciará dos sentencias. Dirigiéndose a los buenos, les dirá con acento de amor y de bondad: *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os tengo preparado desde el establecimiento del mundo.* Volviéndose después con rostro airado a los malos colocados a su izquierda, lanzará sobre ellos esta terrible maldición: *Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno que está preparado para Satanás y los ángeles rebeldes.*

Al horrísono golpe del espantoso rayo de esa maldición, serán sepulados los malos en los abismos infernales para sufrir eternamente; y los justos se elevarán sobre los aires siguiendo a Jesús, entre cánticos de alegría, y penetrando en el cielo serán colocados en tronos de gloria donde reinarán y gozarán de una bienaventuranza sin fin.

Todo habrá terminado entonces. Ya no habrá más tiempo; sólo habrá ETERNIDAD.

JUSTINO.

¡Vaya un Pendon!

S un terreno baldío,
agostado, pez con pez,
sin virtud, sin honradez,
ab ovo, de su natío.

*Por eso, con el avío
de lo más bajo y rahez,
surca el mar de lo soez
con tan garboso trapío.*

*Tiene pujos de alfaquí,
más resulta mala cuca,
que da el solemne changüí.*

*Encara tiene sus peras,
entre gente de bayuca,
el chulo TIO TIJERAS.*

SAN. TXO.